

JAN 21 1974

REVISTA TEOLOGICA



CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

Bases mínimas	1
La historia de los comienzos y el significado del informe bíblico de la creación	13
Cristo Rey, Sacerdote y Juez	23
Evolución: ¿Teoría o dogma?	31
¿Sabía Ud. ... ?	34
El no de una hermosa mujer	35
“Hacia una nueva imagen de Lutero	44
Versiones populares de la Biblia en América Latina	46

EL SALMO 110 (W. F. Beck)

CRISTO REY, SACERDOTE Y JUEZ

Referencias: Mat. 22, 44; 26, 64; Mrc. 12, 36; 14, 62 (16, 19); Luc. 20, 42, 43; 26, 69; Hech. 2, 34, 35; 1 Cor. 15, 25; Ef. 1, 20, 22; Col. 3, 1; Hebr. 1, 2, 13; 5, 6, 10; 6, 20; 7, 3, 11, 15, 17, 21, 24, 28.

El Nuevo Testamento alude o cita al salmo 110 27 veces, más que a cualquier otro. Esto hace de este salmo una especie de viga o puente de acero entre el Antiguo y Nuevo Testamento. El Salmo 110 apunta hacia adelante, hacia el Hijo de David, y el Nuevo Testamento responde diciendo: "Aquí está Él." El Nuevo Testamento y la antigua cristiandad apelaron a este salmo más que a cualquier otro pasaje, para probar que Jesús es el Salvador prometido.

Hijo de David

Jesús se reveló a la luz del salmo 110. Léase Mrc. 12, 35-37. S. Mateo dice, que "nadie podía responderle", 22.46. ¿Por qué no podían responderle? Qué lástima, que nuestros modernos sabios no estuviesen allí para socorrer a esos perplejos escribas. . . En efecto, sus respuestas, en el caso de ser correctas, hubiesen echado por tierra todas las afirmaciones hechas por Jesús.

La primera objeción de estos sabios es: "El salmo 110 no fue inspirado." Y si no fue inspirado, fue escrito por una persona cualquiera, que no pudo haber sabido nada con relación a un Salvador por venir. Pero Jesús dijo: "...por el Espíritu Santo". Y Pedro dice que David habló eso "siendo profeta" (Hech. 2, 30), lo que viene a ser lo mismo. Y ni siquiera los escribas que Jesús enfrentaba pudieron negar que David habló por el Espíritu.

Con todo, nuestros modernos sabios tienen todo un arsenal de armas para derribar las declaraciones de Jesús. Le dirían: "David nunca escribió el salmo 110." Y esta impugnación, de ser válida, sería efectivamente un golpe demoleedor, puesto que todo el argumento de Jesús descansa precisamente en la premisa de que David escribió el salmo. Si no lo escribió David, éste tampoco llamó a Jesús Señor. Y ya se pueden ver las afirmaciones de Jesús, reclamando para sí honores "altos como el cielo", escurriéndosele de

entre las manos. Sí, uno puede ver a Jesús teniendo que alejarse avergonzado de allí, porque sabios más entendidos que Él lo hubiesen atrapado proclamando la falsa pretensión de que David lo llamó Señor. En ese caso Jesús habría estado terriblemente equivocado. Y si fue tan estúpido, que no supo tales cosas, naturalmente tampoco pudo ser Señor o Salvador...

Afirman esos sabios que el salmo 110 fue escrito por alguien después del exilio, es decir, mucho tiempo después de David. Pero resulta que ahora nos ha llegado todo un diluvio de material ugarítico de Ras Shamra. Y se ha demostrado que el 71% de las palabras empleadas en el salmo 110 se encuentran en el lenguaje ugarítico, que se hablaba ya desde el siglo XV al XIII a.C. Significa que el salmo 110 ya se escribió 1000 años a.C. Y entonces, ¿por qué no por David, cuando tanto el título hebreo del salmo como Jesús así lo declaran?

Pero aquí nos las tenemos que ver con nuestros eruditos modernos en su propio terreno, donde no se dejan derrotar así no más. Ellos en seguida argumentarán: "Este salmo no está hablando del Salvador venidero. Habla de David o de uno de sus primeros descendientes." Pero el salmo llama a esa persona Señor. El salmo 45,6 citado en Hbr. 1,8 aun le llama Dios. El salmo 110 dice de Él, que está a la diestra de Dios y que es Sumo Sacerdote para siempre. Tal lenguaje pudo haber sido empleado por paganos idolatrando a sus reyes, pero ningún israelita podría haber hablado así acerca de sus héroes, sin hacerse culpable de idolatría. David fue el más grande de su generación. Sus descendientes fueron personajes menos brillantes, y algunos de ellos aun en extremo corruptos. Pero aun concediendo que los términos del salmo 110 fueron empleados para describir a David, deberá reconocerse que son —para referirse a David— manifiestamente impropios y demasiado ampulosos. Nadie jamás habló así de David. Habla entonces el salmo 110 de David? San Pedro declara llanamente Hech. 2, 34: "...porque David no subió a los cielos."

A otro erudito se le ocurre una nueva brillante idea: Un autor más reciente está hablando aquí acerca de uno de los heroicos Macabeos, Jonatán, designado Sumo Sacerdote en el año 153 a.C. (1 Mac. 9,30,31; 10,20), o Simón, que

libró a los judíos el año 142 a.C. "El pueblo lo hizo su jefe y Sumo Sacerdote" (1 Mac. 14, 35; 38, 41). Sin embargo en ese tiempo la voz de la profecía se había silenciado (1 Mac. 4, 46; 9, 27), y así no hubo nadie que pudo haber escrito este salmo. Los escritos de ese tiempo son pobres imitaciones de los tesoros del Antiguo Testamento. Además los Macabeos jamás reclamaron ser descendientes de David. Descendían de Aarón (1 Mac. 2, 1. 2).

Jesús desafia a cualquiera, entonces y ahora, a refutarle estas tres afirmaciones: El salmo 110 fue dado por el Espíritu Santo, escrito por David, y habla del Salvador venidero. Los escribas que arrojó creyeron en estos tres puntos y no tuvieron argumento en contra. En este sentido estuvieron más cerca del Reino que nuestros sabios modernos, y aun así fueron rechazados.

Este salmo se adapta únicamente al Salvador venidero. Habla directa y exclusivamente de Él. Lo llama descendiente de David. Mat. 1 y Luc. 3 nos relatan cómo descendía Jesús de David. Vino a este mundo en la Belén de David y como un miembro de su dinastía. Y así entró cabalgando a Jerusalén, la ciudad capital de David, donde la multitud de peregrinos lo saludó diciendo: "Nuestro Salvador, el Hijo de David" (Mt. 21, 9).

Jesús venía "a su Templo" como "el Angel del Pacto" (Mt. 3, 1). Este Pacto era con David en su Hijo (2 Sam. 7). Esto le fue confirmado a David con juramento (Sal. 89, 3. 35; 132, 11). Jesús traía las misericordias prometidas a David, en las que se podía confiar (Is. 55, 3; Hech. 13, 34). Su trono estaba en Sión (Sal. 2, 6), donde David había llevado el arca con la tapa propiciatoria y la presencia de Jehová (1 Sam. 4, 4; Jer. 3, 16). Desde Sión provenía la Salvación del mundo (Sal. 14, 7; 53, 6).

Señor de David

Para ganar a sus enemigos, Jesús llegó a ellos en sus propios reductos, penetró a sus fortificaciones mentales, y tomó posesión de sus conciencias. Si ustedes creen que Dios habló por medio de David acerca del Hijo de David, entonces también tienen que creer que el Salvador es mayor que David y que es su Señor. Cuando yo declaro que soy

Hijo de Dios, no debieran ofenderse. Muchos descendientes de David vinieron y desaparecieron, pero ninguno hizo las obras que Yo hago. Sean honestos consigo mismos y sabrán que Yo soy su Salvador. Jesús se apoyaba con ellos en la Palabra de Dios, y para rechazarlo a Él, tenían que rechazar también a Dios, su Palabra y todo lo que habían creído. Él los atrapó, por eso debieron callarse.

Jesús se fundamentó en el salmo 110. Allí David ve a Dios sobre su trono en el cielo (Sal. 2, 4; 103, 19. 20). Dios (v. 1) está hablando a su Hijo (Hebr. 1, 13) y le dice: "Siéntate a mi diestra". El Padre le da la bienvenida a su Hijo en su casa. San Esteban vio a Jesús a la diestra de Dios (Hech. 7, 55). La diestra es el lugar de especial favor, gozo, importancia. Es el lugar de honor (Sal. 45, 9; 1 Rey. 2, 19; Mat. 20, 21).

Sentarse a la diestra de Dios no es un honor dado a algún hombre. El sal. 110 menciona a Melchisedec. Melchisedec recibió el diezmo de los bienes de Abrahán y bendijo a Abrahán. Esto demuestra que fue superior a Abrahán (Hbr. 7, 4-7). Sin embargo ni Abrahán ni Melchisedec se sentaron a la diestra de Dios. Al sentarse a la diestra de Dios, Jesús es mayor que los ángeles (Hbr. 1, 3. 4); "¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?" Hbr. 1, 13.

Jesús solo está por encima de todos los demás. "Yo... me he sentado con mi Padre en su trono" (Apoc. 3, 21). Como Hijo, comparte su trono (Sl. 2, 6. 7). Es co-regente. Envía su cetro para mostrar lo ilimitado que es la esfera de su poder. Toda rodilla se doblará ante Él en este mundo y en el venidero. Y "Él no tiene principio ni fin", Hbr. 7, 3. Sentarse a la diestra de Dios es un honor concedido únicamente a uno igual. El Antiguo Testamento habla de Él como Dios (Is. 9, 6. 7; 11, 1-10; Jer. 23, 5-8; Miq. 5, 2). Padre e Hijo hablan el uno al otro como un Señor a otro, como una persona divina a la otra. Desde el principio hay más que una persona en Dios (Gén. 1, 1. 26). Son tres, y solamente tres (Is. 42, 1) y no obstante son uno (Deut. 6, 4). Cada una de estas personas actúa con divino poder. Aquí es el Hijo quien resulta campeón en la batalla y obtiene la victoria.

Rey y Sacerdote

El salmo 110 resuelve un problema muy particular: ¿Cómo puede la misma persona ser las dos cosas a la vez: Rey y Sacerdote? Moisés dijo (Nm. 16, 40): "Ningún extraño que no sea de la descendencia de Aarón, se acerque para ofrecer incienso delante de Jehová, para que no sea como Coré y como su séquito". Cuando el rey Saúl sacrificó, Samuel le dijo: "Locamente has hecho", y añadió que el reino le sería quitado (1 Sam. 13, 9. 12. 13). Sin embargo parece que hubo algunas pequeñas excepciones. David se quitó sus ropas reales y se puso los atuendos sacerdotales, bendijo al pueblo y ofreció sacrificios (2 Sam. 6, 13. 14; 17-18. 24. 25). Los hijos de David fueron príncipes (sacerdotes) (2 Sam. 8, 18). Salomón sacrificó (1 Rey. 3, 4; 8, 62-64), oró y bendijo al pueblo (1 Rey 8, 14. 22-61). Es posible que estos sacrificios hubiesen sido presentados por medio de los sacerdotes. El rey Acás sacrificó (2 Ry. 16, 13). Pero el rey Usías, al sacrificar fue castigado con lepra (2 Crón. 26, 16-20). El sumo sacerdote Josué fue coronado príncipe (sacerdote) (Zac. 6, 11). Con todo, ningún rey regular del linaje de David fue un sumo sacerdote como Melchisedec (Gén. 14, 18-20) o igual a Aarón, entrando al santísimo para ofrecer la sangre y hacer propiciación por los pecados del pueblo. Nuestro Salvador era Rey y Sumo Sacerdote al mismo tiempo (Sal. 110, 4; Jer. 30, 21; Zac. 6, 11-13). Era superior aun a Aarón y a los descendientes de éste (Hbr. 6, 20; 7, 17-28). Aquellos sacerdotes nacieron dentro de su oficio. Cristo no heredó su oficio sacerdotal. Tampoco se lo arrogó por sí mismo, como muchos reyes que lo tomaron por la fuerza. Fue el Padre quien lo designó Sumo Sacerdote (Sal. 110, 4; Hebr. 5, 5. 10). Esto es tan importante que se lo juramenta. Con ello se ofrece el testimonio del cielo que no miente. Como todas las palabras de Dios, esta es veraz e inmutable. Aarón y otros fueron sacerdotes por un corto período, y luego debieron cederle el lugar a sus sucesores. Jesús es Sacerdote sin sucesores, insustituible y para siempre (Hbr. 5, 6; 6, 20; 7, 17. 21).

Representando a su pueblo, Aarón entraba al lugar santísimo y salpicaba la sangre de animales sobre la tapa propiciatoria. Pero con esto solo no podía presentar al pueblo

a Dios. Representando al mundo, Jesús cargó sobre sí los pecados de aquel, el castigo de Dios, todo el furor de su ira, y así penetró por el velo para ofrecer su propia sangre en sacrificio. Fue un sacrificio perfecto, para no ser repetido jamás (Hbr. 10, 12. 13). Primero estuvo "su cruz" (Hbr. 12, 2), el "sacrificio por los pecados" (10, 12), la "purificación de pecados" (1, 3), luego siguió eso de "sentarse a la diestra de la majestad en los cielos". Entregó a su Padre la obra concluida (1 Cor 15, 24. 28), y Éste aceptó su inocente vida y sufrimiento por nosotros diciéndole: "Siéntate a mi diestra". Cristo entró como nuestro precursor, corrió el velo, abrió para nosotros la puerta del paraíso, la de nuestra casa paterna. Ahora tenemos un acceso directo y permanente a nuestro Dios (Jer. 30, 21; Hbr. 10, 19. 20; Rm. 5, 1).

Siendo Sacerdote para siempre, Cristo lo es también para nosotros ahora. Ahora "tenemos tal Sumo Sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, Ministro del santuario" (Hbr. 8, 1. 2). "Él está a la diestra de Dios e intercede por nosotros" (Rm. 8, 34). "Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo" (1 Jn. 2, 1), "y así Él puede para siempre salvar a los que se acercan a Dios por Él, porque Él vive eternamente para interceder por ellos" (Hbr. 7, 25).

El que está a la diestra de Dios es nuestro hermano, representándonos, simpatizando con nosotros en nuestros problemas y presentándonoslos delante del Padre. En Él el Padre nos acepta como a sus hijos y nos iguala a los habitantes del cielo, mientras estamos aún en el mundo.

El Estrado de sus Pies

Generales conquistadores ponían sus pies sobre los cuellos de sus víctimas (Jos. 10, 24). En las cartas de Amarna el rey de la ciudad se somete a la potencia mundial de Egipto declarando: "Yo soy vuestro estrado". El estrado de Tutankhamón estaba construido de cedro, marfil y oro. Se veían en él las figuras de marfil de nueve enemigos del rey Tut. David pudo haber tenido un estrado parecido a éste, con las figuras de sus enemigos grabadas en el mismo (1 Rev. 5, 3). Así habrá puesto sus pies sobre las figuras de Goliat, de los reyes filisteos, de Moab, Amón, Edom y Siria.

Dios y su pueblo tienen muchos enemigos (Sal. 2, 1-3). Pero Jesús está sentado sobre su trono, y sus pies descansan sobre su estrado. En ese estrado están y estarán grabadas las figuras de sus enemigos. Podemos nombrar algunos: Pecado, Muerte, Diablo.

Aun en la tierra ordenó a los demonios: retírense! y ellos se iban. A los espíritus malos que torturaban a la gente dijo: salgan! y ellos los dejaban. A la muerte ordenó: lárgatelo y el muerto volvía a la vida. En la cruz venció definitivamente a sus enemigos. Allí aplastó la cabeza de la serpiente, y puso al diablo por estrado de sus pies. Al llegar al fin de sus sufrimientos sobre la cruz, Jesús exclamó: "Sed tengo"... Y al haber tomado el vinagre, dijo: "Consumado es". En seguida inclinó su cabeza y exhaló su espíritu (Jn. 19, 28-30). Esto fue una victoria. Compárese salmo 110, 7: "Del arroyo beberá en el camino, por lo cual levantará la cabeza (véase también Sal. 27, 6).

Cuando sus enemigos lo condenaron a la muerte, les dijo (Mt. 26, 64; Mrc. 14, 62): Después de esto cambiaré los lugares. Entonces seré Yo el Juez. La historia es su procesión triunfal. Con vara de hierro destrozará a los reyes, a los más poderosos de entre los enemigos humanos (Sl. 110, 6; 2, 9). Pensemos en Hitler, Stalin, Kruschev —sólo tres de entre tantos. Potencias terrenales se marchitaron como hojas, y la tierra, como su campo de batalla, quedó llena de cadáveres. El juicio será el fin de todos sus enemigos (Mt. 25, 41-46). Entonces yacerán por estrado de sus pies.

Su Pueblo

Pero Cristo no vino para destruir. Poseyendo todo el poder en los cielos y en la tierra, Él nos dice: "Haced discípulos" (Mt. 28, 18-19). Este es su verdadero triunfo. Por nosotros se sentó a la diestra de Dios, por nosotros pone a sus enemigos por estrado de sus pies. Nosotros somos "rocío del seno de la aurora" (Sl. 110, 3). El rocío desciende cuando nadie puede verlo, en el misterio de la noche. La mañana es la madre del rocío. "Rocío del seno" es vida (cf. Is. 26, 19; Os. 14, 5). Así recibimos vida nosotros por un nacimiento misterioso, no por poder propio (Miq. 5, 7), sino por un poder extraño.

Somos llamados, pero este llamado no es un reclutamiento compulsivo para el ejército de Cristo. Somos soldados voluntarios (Sal. 110, 3; cf. Jue. 5, 2. 9). En seguida después de que Jesús citara el salmo 110, leemos: "Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana" (Mrc. 12, 37b). Sus soldados no son mercenarios. El amor nos impulsa y nos mueve a entregarnos a nosotros mismos. Venimos a ser como es Él. Él es el Sumo Sacerdote y nosotros somos sus "santos sacerdotes" (1 Pdr. 2, 5; cf. Ex. 19, 6). Como mensajeros suyos, traemos su cielo a otros. Como rocío, la humedad absorbida por el sol y enviada abajo sobre el suelo estéril, nosotros hemos de alimentar y refrescar las plantas a las que Él nos envía.

Todas nuestras fuerzas dependen de Él. Así miramos hacia arriba, "donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Col. 3, 1), y con Él ganamos victorias. "Somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó" (Rm. 8, 37). El rocío es siempre limpio, fresco y nuevo. Así como el primer Adán fue el principio de la raza humana, obtenemos del Nuevo Adán un nuevo comienzo. Como el primer Adán recibió el aliento de Dios en sus narices, el segundo, resucitado de entre los muertos, nos infunde una nueva vida. En Él, lo viejo ha pasado y todo es hecho nuevo, fresco y santo, joven en fuerzas, respirando aire celestial, y sintiendo y recibiendo en todas nuestras flaquezas las virtudes de lo alto.

Presentado por **P. S. E. Roth**
en la Conf. Past. de Mnes.

¿Sabía Ud. que en la ciudad de Kabul, capital de Afganistán, un estado controlado por los mahometanos, las autoridades ordenaron que la nueva iglesia protestante construida hace dos años debía ser demolida, que el pastor juntamente con nueve familias debía abandonar el país, y que el instituto de ciegos ubicado sobre el terreno de la iglesia debía clausurarse?